

REFORMA SIGLO XXI

CUENTOS DEL DESIERTO: EL CANDIDATO VISITA SANTA CRUZ

■ ■ Amador Peña Chávez*

Se había iniciado la campaña para presidente municipal de San Francisco, don Tadeo Rodríguez Alcántara, cacique del lugar, con serias dificultades había sido designado por la fuerzas vivas del municipio; obtuvo su candidatura, gracias a los campesinos; don Roque Cisneros Vielma ganó la mayoría del sector popular y urbano, pero Rodríguez Alcántara, zapato de siete suelas en estos menesteres, manipuló a los hombres del campo y como los sufragios provenientes de los ejidos y las dos congregaciones del municipio eran enviados por el propio sector postulante, el campesino, pues no hubo mayor dificultad en la contienda y derrotó a Cisneros; corría la fama que Tadeo Rodríguez, era tan popular que hasta los muertos habían votado por él.

Como gratitud por el respaldo incondicional, el candidato triunfador decidió emprender una campaña visitando palmo por palmo su querido municipio, como lo expresó en la toma de protesta en el casino de San Francisco, frente a las diversas facciones del partido oficial:

–Ningún rincón de San Francisco habrá de quedar sin que lo visite, pueblo por pueblo, ejido por ejido, casa por casa, estaré para escuchar sus demandas y agradecer que por decisión propia y voluntad de ustedes se hayan fijado en mi humilde persona para regir los destinos de nuestro querido municipio.

Entre nutridos aplausos y la diana ejecutada por la orquesta del pueblo, Tadeo acerca el micrófono con todo aplomo y con voz engolada expresa contundente:

–En San Francisco, la vieja villa de los Olivos, brilla esplendente la democracia que habremos de preservar a costa de nuestro propio sudor y con nuestra misma sangre, si es posible, como la herencia más preciada que nos legaron los prohombres que nos dieron la patria, bajo la mirada suprema de nuestra Carta Magna. Hermanos francisqueños u olivarenses, su amigo Tadeo Rodríguez Alcántara, según queda afirmado en la plataforma política, no prometerá nada, sí, compañeros, soy enemigo de las promesas que no se cumplen jamás, mi gestión, sépanlo bien desde ahora, será de hechos, no de palabras. –Cierra su discurso levantando nuevamente su voz y su rostro– por la voluntad inalienable del pueblo, por la reivindicación del campesino, por el futuro halagador de nuestras



Medusa

*Maestro en Lengua y Literatura Españolas por la Escuela Normal Superior del Estado. Estudios de postgrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente de varias instituciones en los niveles básico, medio superior y superior. Conferenciante, historiador, orador y declamador. Autor de más de una docena de libros en los que cultiva varios géneros literarios. Escribe para la revista "Crónicas del Camino Real" del Colegio de Investigaciones Históricas del Centro del Estado".

familias, por San Francisco de los olivos... ¡Hasta el triunfo compañeros!

Don Tadeo baja de la tarima y es recibido por el saludo efusivo de los asistentes, entre abrazos y hurras, recibe hojas con peticiones, flores y otros pequeños presentes, casi para finalizar se le acerca a una anciana que le extiende comedia los brazos mientras le manifiesta emocionada:

–Ay don Tadeo, de veritas, qué rechulo habló usted, no le entendí nada, pero bueno, hasta me hizo llorar, créame.

La campaña en verdad fue exhaustiva, al principio acompañado por quien sería después la primera dama del municipio, doña Felicitas García de Rodríguez Alcántara quien pregonaba entre sus cercanos que provenía de una familia de rancio abolengo, bueno, no faltaba quien murmurara que antes de casarse con el rico don Tadeo, lo único que le quedaba de aquello, era lo rancio.

Doña Felicitas no soportó los duros recorridos de la campaña por problemas de salud.

–El polvo, las espinas y las yerbas del monte me provocan una terrible alergia que caigo en calentura –argumentaba. A eso habría que agregar la repulsa que sentía por la gente humilde, al grado que cargaba con una buena dotación de alcohol para lavarse las manos cada que saludaba. Don Tadeo y su cercana comitiva siguieron por la calcinante ruta del desierto.

El último lugar de visita era La Fátima, allí fue donde una comisión le solicitó llegara a Santa Cruz, donde era esperado con ansias. El candidato observó que en su programa de viajes no estaba incluida esa congregación, ni Las Lajas, que quedaba en el límite con el país del norte.

–Ir hasta allá, pero ¿cómo? de cuántos votos estamos hablando, –pregunta a su jefe de campaña.
–No, pos de bien poquitos, pero dicen que está aquí tras lomita.
–Pos vamos, resuelve don Tadeo de inmediato.

Lo que no se imaginaba el viejo político era que, en el desierto, decir tras lomita es referirse a dos o tres horas en troca y por carrocera. Con el calor y las fuertes tolvaneras, les resultó interminable.

Jamás en la historia de Santa Cruz habían tenido la visita de un candidato, así es que prepararon como pudieron una tarima frente a la tienda de don Casimiro por donde estaban las casitas más presentables, las señoras prepararon comedidas enormes ollas de patagorría y arroz para el final del evento.

Los de Fátima despidieron a la comitiva, compuesta por un camioncito de redilas Ford de tres cuartos de tonelada donde amontonados diversos representantes de organizaciones postulantes y los comisionados de apoyo del candidato, por no decir “la cargada” destinados a nutrir a los concurrentes de los mítines; luego dos coches, el primero y más nuevo conduciendo a Rodríguez Alcántara y sus hombres de confianza, en el segundo, integrantes de lo que sería el H. Cabildo Municipal; tomaron decididos el camino que llevaba al incierto norte de la entidad.

–Ni Dante en su viaje por el infierno padeció más que yo –diría don Tadeo a sus amigos tiempo después.

–De veras, –contaba sus vivencias a los que lo escuchaban incrédulos–.

–Lo de la seca a la Meca del peregrinar de Mahoma, comparado con ese viaje de La Fátima a Santa Cruz fue un verdadero *pic nic*, o séase, –aclaraba a los que no entendían el término en inglés– no más un día de campo, comparado con mi infortunio.

Lo cierto que el viaje fue escabroso, pero nada diferente a los que cotidianamente viajan por caminos del desierto; fuertes tolvaneras, el clima inclemente, pérdida del camino.

–La arena cubre las huellas de los muebles – comenta don Tadeo, lleno de sobrada experiencia–, de repente, si no te pones abuzado, ya andas por otra parte.

En el viaje hubo cuatro ponchaduras, tres fueron resueltas con las llantas extras y otra, se tuvo que enviar hasta La Fátima con algún viajero que pasó por ahí y esperar a que fuera remitida hasta donde iba la caravana política.

Lo más grave del caso fue cuando el camioncito cayó en un pozo de esos que llaman “cambio de llanta” no fue visto por el chofer y varias personas

de las que iban atrás fueron fuertemente disparadas. El resultado: un candidato a regidor y un líder campesino resultaron con graves heridas, fueron trasladados en el primer mueble que pasó rumbo a La Fátima para que fueran atendidos.

—Cómo que un pozo en el camino, refunfuñó Tadeo.

—Sí, —le aclaró un campesino que escuchó la incómoda pregunta— los viajeros en estos lugares cuando se les poncha una llanta a veces no cuentan con gato, pero llevan gruesos maderos que sostienen el chasis de sus muebles, luego hacen un pozo en el camino y cambian la llanta con cierta facilidad.

Sufridas de las peripecias en su viaje, la comitiva, después de seis horas, hace su entrada a Santa Cruz. Los vientos del desierto como que se habían puesto de acuerdo para hacerle pasar un mal rato a Tadeo, pues “El Jacintero”, que proviene del este, el de “Las Godornices” que corre del noreste y el de “Los locos” bravo viento del sur, se juntaron esa tarde haciendo escandalosa remolina en Santa Cruz que en dos por tres tumbaron las dos mantas que anunciaban la bienvenida y apoyo del candidato pintando de un color cenizo por el polvo el panorama.

Al bajar del auto Tadeo es recibido por don Matías Carrizales que sonriente lo saluda y le expresa sincero:

—Bienvenido candidato: Santa Cruz lo recibe con los brazos abiertos y le desea que su viaje haya sido placentero.

Rodríguez Alcántara, sacudiéndose los restos de arena que le cubrían, lleno de ira le responde:

—No te burles, cabrón, aquí me tienes, escupiendo adobes; vamos, acelera esto que vengo hasta la madre con el viaje.

Después de presentar a los santacruzenses al candidato, éste de inmediato toma la palabra.

—De veras, compañeros, después de este viaje para llegar a esta alejada comunidad de Santa Cruz, entiendo sus infortunios y problemas, sepan que les admiro la fortaleza para vivir aquí y los nobles motivos que los arraigan a permanecer en estos lejisimos lares, los felicito sinceramente y soy todo oídos para recibir sus peticiones, pero sean concretos,



ÁRBOL

dadas las circunstancias. Les dice, mientras se sigue sacudiendo la arena que todavía le cubría su traje.

Toma la palabra don Matías, el más preparadito de la comunidad quien dirigiéndose al candidato, lee el texto que anteriormente había preparado para ese momento.

—No le pedimos, señor Rodríguez, carretera, ni alumbrado, ni escuela, ni fuentes de trabajo, pues sabemos conscientes que el ayuntamiento municipal no cuenta con presupuestos para obras de esa índole. Eso sí, los habitantes de Santa Cruz me han pedido le solicite respetuosamente un salón de actos para la comunidad.

—Cómo, —expresa dudoso el candidato— ¿un salón de actos? ¿Pero, para qué?

–Nosotros, –continuó don Matías– celebramos juntas, reuniones, pero sobretodo algunas fiestas que requieren de un lugar donde llevarse a cabo, como bodas, quinceaños, la fiesta patronal, en fin, nuestras fiestecitas cotidianas, recuerde que las necesitamos para vivir, no sólo de pan vive el hombre, usted comprende.

Para fundamentar su petición el señor Carrizales se apoya en un buen argumento:

–Por ejemplo, don Tadeo, en una boda, aquí como puede usted ver, no hay donde hacerla, a veces se hacen en cualquier patio, pero estamos sujetos a las condiciones del desierto que usted mismo ha comprobado. Para ello hay que celebrar en La Fátima que sí tiene salón de actos; tenemos que alquilar el local a los ejidatarios del lugar, por supuesto, hay que invitar a toda la comunidad pues en ella celebraremos la ceremonia, a parte de todos los de Santa Cruz, claro; los novios, familiares e invitados tienen que hacer el viaje hasta el vecino ejido, pasando por las dificultades que usted pasó, imagínese como llegan los novios antes de su boda... olvídense de los pleitos suscitados entre los invitados de La Fátima y los de Santa Cruz por viejas rencillas que al calor del alcohol resurgen en la fiesta.

No terminaba la alocución de don Matías, cuando desde su asiento respondió don Tadeo:

–En mi campaña no hay promesas, pero sí, no olvidemos las organizaciones poderosas que como puntal sostienen a nuestro partido como la Unión Campesina, La Comisión de Asuntos Agrarios y la Junta de Protección de las zonas áridas habrán de recibir, previa solicitud formal que ustedes les hagan, de su muy justo y acertado requerimiento que ustedes (Y respira profundamente) con todo el derecho y la razón, les hagan.

La gente sin entender medio le aplaude, más por atención que por entendimiento, pensando en su única petición.

Cerrando con premura el evento, agradece las atenciones y le dice a su comitiva:

–Aquí le paramos.

Tadeo y comitiva comieron las viandas preparadas para ellos y abandonaron lo más rápido

posible Santa Cruz, la perdida congregación olvidada hasta de Dios.

El regreso fue similar a la venida de la comitiva que llega a por fin a San Francisco por la mañana del siguiente día.

En la residencia de don Tadeo, doña Félicitas García lo esperaba con desmedido esmero.

–Cómo te fue viejo –le pregunta cariñosa.

-¡De la jodida!

–Cómo, Tadeo, ¿por qué dices eso?

–Pues llegué hasta Santa Cruz que está hasta a ca la fregada. Después de narrarle las peripecias del viaje concluye firme:

–Me pidieron la construcción de un salón de actos, claro que no prometí nada, como es mi costumbre y regla política.

Mientras Tadeo se despoja de su ropa empolvada y vacía de las botas el cúmulo de arena en ellas contenido, corrige lo dicho a su esposa:

–Miento, al salir de aquella endemoniadamente lejana comunidad sí prometí algo.

–Pero cómo viejo, si en tu plataforma política no existen las promesas.

–Prometí –recalca a la señora Felicitas García de Rodríguez Alcántara, mientras se dirige al baño para darse una merecida ducha...

–Prometí, no volver a Santa Cruz en todo lo que queda de mi “reshingada” vida.

Final del formulario